



milias inventaron simultáneamente sus respectivas lenguas. Estas familias carecían, por lo tanto, de lenguaje antes de inventarle, y habían vivido algunos años en estado de *mudez*. ¿Puede esto coordinarse con la naturaleza del lenguaje *natural, necesario y espontáneo*, de que en todo su libro nos habla el Sr. Renan?

El hombre no ha recibido ó adquirido sucesivamente sus facultades, porque el espíritu fué completo desde su origen; el desarrollo del lenguaje es análogo al del espíritu, y se verifica en virtud de la fuerza interna que le da vida; idiomas hay que carecen de ese principio vital, y son invariables como el bruto. Tal se nos presenta el *chino* en todos los períodos de su literatura; y un fenómeno semejante observamos en los dialectos semíticos, que no han inventado un sistema de tiempos y modos más perfecto que el que tuvieron desde su primera edad; es porque la gramática de todas las lenguas se hizo de un golpe, aunque en su origen no existiesen distinciones precisas. El lenguaje primitivo tenía todas las partes integrantes de que se había de componer en lo sucesivo, pero su mecanismo no era perfecto, porque no estaba aún determinado el papel que desempeñaría cada uno de sus elementos; en la distribución de funciones está la vida de un organismo.

Como todo sér organizado, que por asimilación ha renovado sus partes constitutivas, queda el mismo, porque no ha variado la forma, que es su tipo y su personalidad; así las lenguas se desarrollan sin perder su carácter esencial. El lenguaje primitivo fué el producto del espíritu en su relación con la naturaleza, y nació probablemente en distintas fracciones de la humanidad á la vez; entonces existían entre la naturaleza y el hombre una armonía que nosotros apenas podemos comprender.

La *forma figurada, ó metáfora*, fué uno de los procedimientos principales que obraron en la formación del lenguaje; para designar en hebreo un sentimiento, se recurre á los movimientos orgánicos; la *cólera* se expresa por el *resoplido*, ó por el *calor, espuma*, etc.; el *desaliento ó desesperación*, por *derretimiento ó disolución del corazón*, etc.; en todo vemos paralelismo y armonía entre el mundo físico é intelectual en los primeros días de la humanidad; de aquí los símbolos, la escritura ideológica, etc.

Una de las causas principales que motivaron la elección de palabras, fué la *imitación onomatopéutica*; la lengua de los primeros hombres era el eco de la naturaleza en la conciencia, y como nosotros no estamos tan familia-

rizados con aquella, hemos olvidado el arte de dar nombres á las cosas.

La escritura carecía, en muchos idiomas antiguos, de puntuación, formando los períodos un todo de partes conexas. La riqueza y variedad de formas hacía más complicado el sistema gramatical, y al perder algunas de las primeras, ganaba este en sencillez y energía; la síntesis cedió su lugar á la análisis; aquella es primitiva, esta es el resultado de un desarrollo sucesivo.

(Varios filólogos modernos suponen, que el lenguaje primitivo fué monosilábico y sin flexión, como el *chino*. El orientalista francés parece sentar aquí una hipótesis opuesta, que no tiene más probabilidades de verdad que la de sus contrarios. De todos modos, es cosa bien probada que las lenguas antiguas son más ricas en formas gramaticales que las modernas.)

La humanidad primitiva hablaba siguiendo los impulsos de su libre fantasía, y bajo la influencia que el género de vida, alimentos y clima ejercían sobre los órganos de la palabra y sobre las operaciones de la inteligencia; de aquí el lenguaje figurado y las numerosas construcciones aparentemente irregulares. Los trabajos gramaticales contienen esos impulsos de la fantasía, y empobrecen el idioma. Atendido esto, es probable que el lenguaje primitivo se hallase dividido en dialectos, que luego se unieron ó se constituyeron en diversas lenguas. (La opinión que expone aquí el Sr. Renan, apenas ha encontrado partido en los círculos literarios; esto bastaría para su refutación. En composiciones antiguas, como la *Biblia*, hallamos formas gramaticales, que se repartieron después en diferentes dialectos. Un fenómeno semejante observamos en obras griegas, indias, etc., lo cual es evidentemente contrario á lo aquí expuesto por el Sr. Renan.)

Los hombres de los primeros días aspiraban solamente á formular el pensamiento de modo que fuese inteligible á los demás, para lo cual bastaba hablar conforme al tipo general que presentaba la naturaleza. En el carácter de la humanidad, en las tradiciones religiosas, vemos que los mismos sentimientos han hecho nacer todas las literaturas, y las mismas ideas se han representado por diversos símbolos.

En todas épocas marcha la psicología en perfecta armonía con la lingüística, lo cual nos autoriza á mirar las lenguas como formas sucesivas que ha tomado el espíritu en los diversos períodos de su existencia. La relación entre lenguaje y clima confirma esto mismo. (*Renan*, sin atreverse á decir tanto como Grimm, se aproxima mucho en sus opiniones



al filólogo alemán, que hace al lenguaje poco ménos que *causa eficiente* del espíritu. Téngase presente que las opiniones expuestas en este y otros lugares de la obra del Sr. Renan, son muy antiguas y conocidas en filología).

Para el psicólogo y naturalista es la unidad de la raza humana tan evidente, que no admite controversia. (Y la lingüística no ha presentado aún argumento alguno en contra, ni le presentará, porque si la humanidad pudo crear el lenguaje en todas las formas bajo las cuales hoy le conocemos, ó en otras análogas, no hay razón para negarla el poder de modificar un idioma primitivo y crear las familias que hoy existen. Por otra parte, ignoramos si alguna de las familias conocidas, y sus lenguas, se remontarán á los primeros días de la humanidad, y por consiguiente, no es posible deducir de su diversidad actual dos diversos orígenes de las mismas.)

Esto es lo principal que han escrito los sabios, cuyas opiniones nos propusimos examinar, acerca del origen del lenguaje. Las investigaciones lingüísticas nada nuevo han descubierto sobre los principios de la humanidad. El hombre, libre en el uso que hace de su lengua, ha introducido en ella tales modificaciones y cambios, que no es posible reconocer hoy su primer estado; y las diferencias y variedades que observamos en el lenguaje son compatibles con su origen de un solo tipo primitivo. Un estudio detenido de la relación que existe entre la naturaleza y el mismo podría decidir aproximadamente la cuestión, que por este motivo pertenece más bien á la filosofía del lenguaje que á la filología histórica, si bien esta puede aclarar y simplificarla con sus datos.

Las lenguas más nobles han llegado á la perfección que hoy tienen por desarrollo sucesivo, siguiendo determinadas leyes y procedimientos, que podemos estudiar y conocemos hasta cierta época. Pero la filología histórica no ha probado hasta ahora que los gérmenes del lenguaje, en todas sus variedades, fueron raíces sin forma, y que sirviesen únicamente para designar los actos más sensibles y los fenómenos más obvios que se verifican en nosotros, en nuestros semejantes y en la naturaleza. Aun probado esto, faltaba averiguar cómo el hombre adquirió esos primeros elementos del lenguaje ó medios de comunicación.

No se niega su origen divino al admitir y sostener que el hombre fué criado con los impulsos necesarios y las capacidades convenientes para formar ó producir el sonido articulado; que hizo uso de esas facultades libremente

y de una manera natural, del mismo modo que pone en ejercicio la facultad de pensar ó de raciocinar. El lenguaje es una cualidad característica y exclusiva del hombre; es el signo que le distingue al exterior de los demás animales, y sin duda estuvo en el plan divino que hablásemos, como lo estuvo que respirásemos; pero natural y libremente, porque dependía de nuestra libertad el poner en juego los órganos que producen el sonido articulado. La historia del lenguaje nada dice en contra de que esto pudiese ser así, y como la voluntad toma parte en todos los actos libres, obró también activamente en el acto de hablar, poniendo en ejercicio las facultades naturales que recibiríamos de la Divinidad; de manera que el hombre, sin crear nada nuevo, produjo natural y libremente el sonido, para lo cual poseía las disposiciones y facultades indispensables. Esto explicaría suficientemente la posesión y origen del lenguaje, sin que se nos puedan oponer dificultades que tengan algún valor científico. Las opiniones de los filólogos modernos más notables, que hemos dado á conocer sucintamente en este artículo, no son otra cosa que hipótesis, á las cuales puede darse un valor arbitrario, porque no se fundan en hechos.

Aun consideradas las lenguas como un conjunto de signos convencionales, que reciben su valor de la comprensión mútua; y su historia, no como una nueva sucesión de cambios obrados sobre cosa que permanece la misma en su carácter esencial, y *si* como un verdadero desarrollo efectuado por fuerzas humanas, cuyas operaciones conocemos, es admisible su origen tal cual le hemos indicado arriba. El lenguaje sería creación divina en el mismo sentido en que lo son las facultades del hombre con sus propias adquisiciones físicas y morales; y pertenecería como estas á aquel, en cuanto que le usa libremente, valiéndose de los instrumentos y órganos que posee.

Si la facultad de hablar fué *siempre* innata al hombre, y si este produjo natural, pero libremente, el sonido articulado, el lenguaje hubiera sido *variable* y capaz de adquirir desarrollo, como sus facultades intelectuales, por más que otra cosa afirmen algunos filólogos modernos. Antes que sacar consecuencias, sentar principios y emitir hipótesis contrarias á la sana razón y á la historia, preciso es confesarnos nuestra ignorancia respecto á los primeros días de la humanidad, sin desalentarnos por eso en nuestras investigaciones para averiguar el estado primitivo de aquella y de sus facultades.

Dios pudo comunicar al hombre un lengua-



je ya desarrollado y perfecto, sin que hubiera en este modo de obrar abuso de su poder, que es ilimitado y libre; pero, atendidas las escasas necesidades de la humanidad en sus primeros días, y el estrecho círculo á que estaban reducidas las comunicaciones, una lengua tal hubiera sido inútil y supérflua; por eso debemos suponer que el lenguaje primitivo fué sencillo y pobre en el contenido y en la forma.

La humanidad en su infancia tuvo, es por lo ménos muy probable, una lengua conforme á sus necesidades, á sus conocimientos, ideas, creencias, y al desarrollo de su razón. Nuevos objetos se presentaban á cada momento á su vista para recibir nombre que les designase; la *Sagrada Escritura* nos dice que Adam dió á los animales nombres, que verdaderamente les correspondían. Cuando la humanidad se multiplicó y las gentes se separaron, cada familia ó tribu resolvió el problema de distinto modo y siguiendo diferentes principios. Unas, al dar nombre á los objetos, penetraron en la naturaleza de las cosas; otras se detuvieron en la superficie; así hay conceptos que tienen expresión en todas las lenguas; otros son desconocidos en muchas; pero todos los pueblos siguen en la formación y desarrollo de su lengua los espíritus naturales de su espíritu pensador.

Y como el desarrollo de este es muy diverso y obedece á causas parciales muy distintas, el lenguaje, que recibe ya en parte formado, y que correspondientemente, según hemos dicho, pudo recibir en los principios y origen de la humanidad, siguió y sigue diferentes caminos en su desenvolvimiento histórico; hasta el punto de que los poderosos y múltiples agentes que á este contribuyen, causan en él las infinitas variedades que hoy contemplamos, admiramos y hacemos objeto de estudio.

Las producciones literarias, sirviendo á los demás como de norma, según la cual deben escribir, hablar, y hasta cierto punto pensar, contienen en sus debidos límites, cual poderoso dique, la marcha desbordada de un desarrollo supérfluo é innecesario del lenguaje, impidiendo la creación de formas ó de palabras inútiles, y fijando el significado y empleo de las ya existentes. Pero los pueblos primitivos ó más antiguos de la humanidad no tenían literatura, y por lo tanto, sus lenguas carecían de este poderoso medio de conservación y de defen-

sa contra las innovaciones de los tiempos; los cambios y modificaciones eran, sin duda, en ellos más frecuentes y radicales. Y como la gramática, ó sea el sistema orgánico de las lenguas, no había adquirido aún desarrollo, admitían con facilidad nuevas formas y giros, que hacían variar notablemente su aspecto exterior. La sociedad se hallaba entonces en continuo estado de tránsito; la naturaleza presentaba sin cesar al hombre objetos nuevos y desconocidos, que, por lo tanto, no tenían representación en el lenguaje; las instituciones político religiosas de los pueblos eran sobremañera inconsistentes y variables, de manera que pocos años bastaban para cambiar y modificar todo lo antes existente; es natural que las cosas no formadas é incompletas sufran más variaciones y cambios en los primeros días de su ser que después de obtenido su completo desarrollo y crecimiento.

Preciso es no olvidar la estrecha relación y aun mútua dependencia que hay entre espíritu y lenguaje, para saber apreciar estos hechos en todo su valor. Porque si el espíritu se hallaba en los primeros días (siglos) de la humanidad en estado de tránsito; si continuamente recibía impresiones de objetos nuevos y desconocidos; si todo lo que le rodeaba, hasta sus semejantes, era causa para él de permanentes cambios, á lo que no poco contribuía la inestabilidad de las instituciones sociales, al lenguaje afectarían necesariamente tales variaciones, que habrían de ser en él más frecuentes y más esenciales, porque otras muchas y muy poderosas causas, que no influyen en el espíritu, trabajan sin cesar en el desarrollo y formación del mismo, y juntas contribuyen á su desenvolvimiento histórico. La lingüística, pues, no ha presentado ni puede hallar pruebas eficaces para demostrar que la edad generalmente asignada al mundo, después del espantoso cataclismo del diluvio, sea demasiado corta para que dentro de ella haya recibido el lenguaje primitivo y existente entonces en un solo tipo; todas las variedades y formas que hoy presenta.

Un estudio detenido, hecho en varias familias y en diversas épocas, podría aclarar más esta importante cuestión; sobre la cual haremos aún algunas indicaciones en los artículos siguientes, ya que el plan y objeto de este escrito no permiten tratarla con toda la extensión que se merece.

ACLARACIONES

SOBRE

LA LINGÜÍSTICA Y FILOLOGÍA

II

A medida que el hombre cultiva un ramo del saber, descúbrese á su vista más despejado y claro el campo que contiene los frutos literarios, cuya recolección será objeto de sus investigaciones, y cuya calidad y valor depende en gran parte de la manera con que procedamos en nuestro estudio. Fenómeno es este que podemos observar en todas las ciencias, pero acaso en ninguna más evidente que en filología. El filólogo moderno, apreciando la vida de los pueblos en toda su importancia y en sus relaciones exteriores, ha hecho universal el estudio de sus lenguas, abrazando todos los períodos de su desenvolvimiento histórico.

Si examinamos las admirables producciones artístico-científicas de los antiguos, apenas encontramos una digna de atención en el terreno del lenguaje. Todo lo extranjero era para ellos objeto de desprecio, y este egoísmo absurdo sofocaba aún el cultivo de su propia lengua antes que pudiese llegar á dar frutos. Los pueblos consideraban y trataban entonces á todos los extranjeros como bárbaros, incluyendo al idioma en este pernicioso anatema. Para el poeta griego, fuera del círculo estrecho de su nación, no hay más que *barbaroi*, *barbarófono*, *al-lotrooi*; hasta el punto de que los vínculos de parentesco que le unían al persa no fueron suficientes á excluirle de la regla general. El indio arroja de sí como impuro todo lo que viene de los *mlechhas*, cuyos idiomas son como ellos *bárbaros*. Sanscrito es la lengua de la *revelación*, y pues ella también ha sido revelada, es inútil y aun perjudicial estudiar otras. El sectario del *Zorrostro*, *Mazda-yaçna* (adorador de Mazda, Ormuz) tiene por un crimen el comercio con los *daevayanas*. El israelita excluye de su seno al pagano ó no adorador de *Jehovah*, y se considera manchado por el solo comercio con los *goyim*, gentes-pueblos. Esta independencia absoluta les hacia indiferen-

tes á lo que más caracteriza un pueblo, cual es la lengua y costumbres. De ningún escritor antiguo sabemos que hiciese investigaciones científicas sobre una lengua, si no era llevado por algún fin extraño á ella. Una excepción hace el indio, pero cuyos estudios lingüísticos, verdaderamente asombrosos, tuvieron un objeto exclusivamente práctico: la inteligencia de sus libros sagrados. Como consecuencia de este descuido imperdonable, cayeron en olvido muchos idiomas, cuyo conocimiento nos descubriría innumerables secretos acerca de la historia de los pueblos y de todo lo que puede relacionarse con ella.

La esclavitud, contribuyendo á mantener estas preocupaciones, era una barrera insuperable, que se oponía á la creación de la filología. Un acontecimiento sin igual en la historia vino á cambiar tales creencias; el cristianismo, la igualdad de todos los hombres, rompió en principio las cadenas de la esclavitud. Destinado á ser una religión universal, le era necesaria la lengua como medio de enseñanza, y sus primeros predicadores reciben el don de *lenguas*.

Griego, hebreo y latín, como depositarias de las sagradas doctrinas, adquieren gran importancia y son objeto de meditación y estudio. Casi todos los primeros PP. de la Iglesia conocían dos; algunos, como San Jerónimo, y acaso Orígenes y San Agustín, poseían las tres.

Descubrimientos posteriores abren nuevo campo á las investigaciones de la inteligencia, y los misioneros facilitan el estudio de numerosos idiomas por medio de trabajos gramaticales lexicográficos; muchos de ellos étnicos hasta el presente. El protestantismo dió nueva fuerza al impulso que las ciencias antes recibieran, no siendo de las ménos favorecidas la filología; pero estaba reservada al siglo XIX la aplicación de un método verdaderamente científico, y